



Capítulo 295 - ¿Uniremos 3 espadas?

"Estoy tratando de entender qué causó esta mutación..." murmuró Vergil, con la mirada fija en las tres espadas que descansaban sobre el altar improvisado en el centro del viejo salón de piedra.

El primero fue su fiel compañero: Yamato. Una espada de austera belleza, esbelta y letal. Forjada por la misma mujer que creó la legendaria Excalibur, Yamato era más que acero. Contenía una parte de su alma. Nacida con él, ligada a su destino, respondía a su llamado sin importar la distancia, como una extensión de su ser.

Pero ahora... Yamato había cambiado.

Tras absorber un fragmento de Excalibur, evolucionó. Su espada susurraba con energía sagrada y profana. Una espada sagrada-demoníaca: una paradoja viviente. Un arma imposible.

Las otras dos espadas en el altar habían pertenecido a Iridia y Zex, ambos caídos en batalla. Armas forjadas por el mismo creador, cada una con un fragmento del legendario artefacto. Tres fragmentos reunidos... y no fue casualidad.

"Eso nos deja con tres piezas...", dijo Vergil, casi para sí mismo. Su voz denotaba no solo conocimiento, sino también presentimiento.

Se giró, con la mirada fija en Viviane, la mujer responsable de la creación de todas estas reliquias. La última herrera viva con el poder suficiente para moldear la realidad a través del metal.





Viviane se cruzó de brazos, con la mirada seria y cansada. «No tengo una respuesta definitiva... Pero lo que sí puedo decir es que estas espadas son un riesgo».

Extendió la mano y tocó una de las espadas con cautela, como si estuviera manipulando una criatura viviente.

Tener tres espadas sagradas sería motivo de celebración en cualquier facción... pero para nosotros, es una diana en la espalda. Una diana dorada.

Vergil asintió, con la mente desbocada. "Espectro también tiene tres... El fragmento que robó cuando casi te mata, el de Los Ángeles... y ahora el que estaba con los vampiros."

Frunció el ceño, calculando posibilidades, plazos, futuros inciertos.

Antes de que pudieran pronunciar otra palabra, una presencia suave y fría se manifestó tras ellos. Una voz familiar, pero ahora impregnada de algo nuevo: convicción.

"Tengo una solución para esto."

La voz cortó el silencio como una brisa, pero había una tormenta detrás de su calma.

Virgilio y Viviana se giraron al instante.

Zafiro estaba allí. De pie bajo el arco de la forja, como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar. Envuelta en una densa energía espiritual, los





mechones de su cabello flotaban suavemente alrededor de su rostro, como si la electricidad latiera bajo su piel. Algo en ella había cambiado.

Sus ojos, profundos y azules como un océano que se derrumba, eran firmes. Esto no era solo una idea. Era un plan.

"Estas espadas ya no deberían existir por separado", dijo, acercándose al altar de piedra. "Están... incompletas. Y mientras sigan así, seguirán actuando como cebo. Grietas en el equilibrio del mundo".

Extendió una mano y tocó a Yamato con reverencia, como si saludara a un viejo amigo.

—Pero tal vez, si los unimos... —Sacó a Yamato de la piedra con un susurro metálico y lo levantó, apuntando la delgada hoja directamente al rostro de Viviane.

—Fúndelos aquí. En Yamato. —Su voz era firme, casi una orden—. Esta espada es una extensión del alma de Vergil. Existe dentro de él, como él. No puede ser robada, rota ni sellada. No... si completamos esto. Estas tres fuerzas se convertirán en una. Un artefacto imposible de capturar.

Viviane arqueó una ceja, procesando la información. Zafiro, mientras tanto, volvió la mirada hacia Vergil y, por un instante, su expresión se suavizó.

"Estás empezando a cambiar", dijo con una leve sonrisa. "La divinidad está aflorando en ti. Todavía cruda, indefinida... pero ahí está. Como un fuego latente a punto de incendiar el cielo".





Se acercó a él, manteniendo a Yamato a su lado. «Si absorbemos las otras dos espadas en Yamato, nadie podrá sentirlas. Dejarán de existir como artefactos separados. Serán parte de tu alma».

Zafiro suspiró y un brillo travieso bailó en sus ojos.

«Y... si Azazel tiene razón, tu compatibilidad con las entidades dracónicas aumentará aún más. Excalibur fue creada para matar dragones, pero imagina ese poder ejercido por alguien nacido para cazarlos», pensó, sonriendo como el demonio que realmente era.

Ella se dio la vuelta, ocultando una sonrisa torcida.

—No debería pensar demasiado en esto... —susurró en voz baja, apenas audible—...mis bragas ya están mojadas.

"¿Es posible?" preguntó Vergil, con la mirada fija en Yamato por un momento antes de volverse hacia Viviane.

La herrera no respondió de inmediato. Dio un paso adelante y, con calma, tomó a Yamato de la mano de Zafiro.

La levantó a la altura de los ojos, girando suavemente la hoja entre sus dedos. Su mirada no era meramente técnica, sino reverente, como quien contempla algo que supera incluso su propia creación.

"Bueno...", empezó, pasando el pulgar suavemente por el filo de la espada, sintiendo los pulsos de energía en su interior. "Yamato ya es... un milagro".





Forjada con alma. Con propósito. Y ahora imbuida de esencia sagrada y demoníaca, además de un fragmento de Excalibur. —Frunció el ceño—. Eso significa que se ha convertido en un recipiente estable... un catalizador.

Viviane extendió la mano y, con un gesto elegante, hizo que las otras dos espadas flotaran hacia el centro de la habitación. Giraron lentamente, como atraídas por la presencia de Yamato.

"Pero lo que propones...", hizo una pausa, "...no es una simple fusión. Es una sinergia total. Algo que solo he visto una vez, y terminó con una explosión dimensional".

Zafiro se cruzó de brazos, sonriendo. "Así que podría salir mal".

Viviane resopló, arqueando una ceja. "Claro que sí. Se trata de tres espadas sagradas creadas a partir de fragmentos de la misma fuente divina, pero distorsionadas con el tiempo. Códigos rúnicos incompatibles, cargas de maná opuestas... y en medio de todo esto: una espada espiritual que alberga un alma viviente."



Ella miró a Vergil. "Si hago esto, Yamato ya no será solo tuya. Se convertirá en.... una entidad."

"¿Qué quieres decir?" Vergil entrecerró los ojos.

Ya no serás solo el portador. Serás el vínculo. El anfitrión. Esta arma querrá vivir, y para ello, exigirá algo a cambio.

"¿Cómo qué?"



"Podría exigir sacrificio. Podría afectar tu cordura. O tal vez... simplemente te corresponderá", dijo Viviane con una extraña sonrisita. "Las armas vivientes son impredecibles. Pero una cosa sé: nadie, absolutamente nadie, podrá arrebatártela. Será única. Definitiva."

Las tres espadas comenzaron a temblar, como si reaccionaran a sus palabras.

Viviane luego extendió Yamato de regreso a Vergil.

La decisión es tuya. Puedo hacerlo... pero debes entender: esta fusión cambiará más que la espada. Te cambiará a ti.

Silencio.

La energía en la sala latía con fuerza. Zafiro observaba todo con una mirada que mezclaba expectación y orgullo, y quizás... miedo.



Vergil miró fijamente la espada. Yamato palpitaba suavemente, como esperando una respuesta.

Mantuvo su mirada fija en la espada durante largos segundos.

Yamato temblaba levemente en su mano, pero no por inestabilidad; era como si estuviera... viva. Como si comprendiera lo que estaba a punto de suceder.

Una fusión completa. Un renacimiento.

No dudó más.



—Hazlo. —Su voz era baja, pero firme como una sentencia—. Fusiona los tres.

Viviane lo miró un instante, sorprendida por la rapidez de su respuesta, pero pronto la sorpresa dio paso a un gesto silencioso de respeto. Sabía que Vergil no era de los que vacilaban ante decisiones difíciles.

—Entendido. —Suspiró, devolviéndole la mirada con la misma determinación—. Pero no será rápido.

Se alejó del altar, recorriendo el salón de piedra con pasos pesados, como si calculara distancias y dimensiones invisibles. El sonido de sus tacones resonaba como martillazos secos.

"Esta forja... no sirve", dijo, mirando a su alrededor con cierto desdén. "Fue hecha para moldear hierro, plata encantada, incluso hueso dracónico. Pero lo que estamos haciendo ahora..."



Ella se giró y sus ojos brillaron como brasas antiguas.

"...es herrería divina. Y para eso, necesito un nuevo corazón de fuego." Miró a Zafiro.

"¿Cuánto tiempo?" preguntó Vergil.

Viviane pensó un momento. «Tres días. Quizás cuatro. Tendré que reactivar la Cámara Carmesí. El núcleo elemental que usé para forjar Excalibur aún duerme bajo mi Lago; tendré que adentrarme para alcanzarlo».

Zafiro dejó escapar un silbido bajo. "¿Estás abriendo esa forja?"



Viviane simplemente asintió, sin humor.

Si voy a sellar tres fragmentos de la espada original en un solo cuerpo —o mejor aún... un alma—, necesito el mismo calor que puede derretir cualquier material. Y no hay nada mejor que mi viejo compañero.

Ella miró a Vergil con gravedad.

Durante estos días, no toquen las espadas. No intenten fundirlas por su cuenta. Y, por todo lo que es sagrado, no las lleven a la batalla. Su tono era serio.

Su energía se está desmoronando. Parecen estar bien, pero son fragmentos. Un choque ahora mismo podría... despertar algo o destruirlo todo.

Vergil asintió en silencio, su mirada sombría fija en las tres espadas que flotaban sobre el altar.



"¿Y dónde vas a preparar esa forja?"

—Abajo. En el subsuelo —dijo Viviane, girándose hacia un pasillo lateral velado por runas antiguas—. Construiré una nueva forja ahí abajo. Al fin y al cabo, necesito un lugar donde trabajar en el futuro.

Zafiro arqueó una ceja y frunció los labios. "Conseguiré lo que necesitas. Amon debería ayudarme".

Viviane asintió con una sonrisa.